

Final feliz de una historia que conmovió a Asturias

Viene de la página anterior

Juan Ricardo, que es un joven curtido por los duros avatares de su vida, no podía contenerse y se echaba sobre la mesa llorando, a la vez que abrazaba y besaba a su madre. «Sufrió mucho, di muchas vueltas, pero al final estamos todos juntos». Las mismas escenas se repitieron con sus hermanos. Ana y Rosa no se separaron de sus brazos y el hermano, Alfonso, al principio tuvo que salir de la casa, embargado por la emoción. Desde pequeños, habían conocido la historia del anterior hijo de su madre y compartían los mismos desvelos por encontrarlo.

Comenzó entonces el rosario de presentaciones de todos los familiares y amigos. Desde el pariente con el que cuidó las vacas la mañana de la desaparición, hasta el compañero con el que jugaba. La gente pidió que madre e hijo salieran delante de la casa. Juan Ricardo comenzó a recuperar la calma y hasta dirigió unas palabras a los presentes: «Ya sois todos mis amigos y os quiero decir que una madre no hace con su hijo lo que algunas personas dijeron que mi madre hizo conmigo. Pero no soy rencoroso, yo por mí, los perdono. Hay que olvidar el pasado. La vida es así».

El padrino le dio el bollo

Ricardo García, el padrino, estaba feliz. «Ahora, ya me puedo morir tranquilo. Siempre desee volver a verte y lo conse-

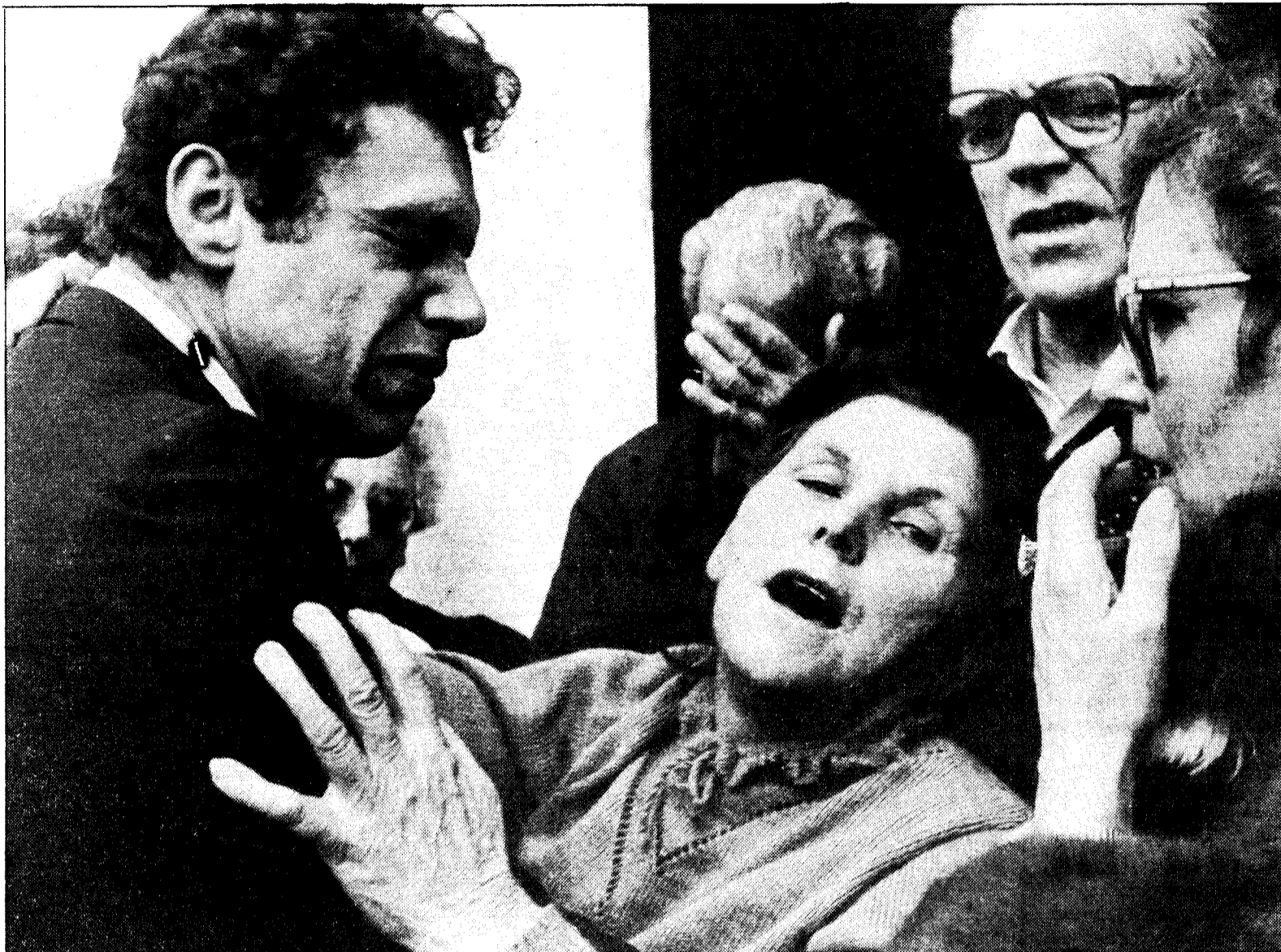


FOTO SANTIAGO GARCIA

«¡Hijo mio, cuánto he sufrido por ti!», decía Angeles, abrazada a Juan Ricardo

guí. Hasta ahora estuve solo, pero a partir de este momento vas a tener una familia muy larga».

Y para que todo fuera tan normal como hace 27 años, el padrino de Juan Ricardo le dio

hasta el bollo. «Salía de casa y pensé que si este joven de Albacete era efectivamente mi sobrino y ahijado debía llevarle el

bollo, pues ya está ahí la Pascua. Así que cogí cinco mil pesetas y se las di». Juan Ricardo salió al exterior

feliz. En 48 horas ha reencontrado su vida, un origen que siempre quiso conocer. Comenzó a bromear con los vecinos. Su padrino le llevó a la caleya donde desapareció y le entregó una foz, aquel juguete que tanto quería y la última seña que la familia tuvo de él. Luego, hasta escanció sidra y se interesó por aprender pronto el bable.

Quiso conocer el pueblo, y bajó del brazo de sus hermanas y unos amigos por Pedrosa y la Carcabada, ante la expectación de todos los vecinos y las felicitaciones. Regó con champán su gran día y hasta cantó una canción acompañándose a la guitarra. En la Carcabada, al son de la gaita, familiares y amigos, en la gran fiesta que comenzaba a ser su regreso, le cantaron el «Asturias, patria querida». El ya dijo que quiere formar una tuna en Sariego y que va a traer la de Casas Ibáñez.

«Ya no me voy de aquí»

«Ya no me voy de aquí. Son muchos años los que he estado buscando. Me quedo aquí, aunque tenga que destripar terrenos. Todos los signos han coincidido. Por fin lo he logrado». Juan Ricardo rubricaba así su renacimiento en Sariego. El pueblo entero nunca se creyó lo que querían hacerle ver y siempre confió en que tarde o temprano, si vivía aquel niño que un 13 de abril iba a cumplir dos años, un día aparecería. «La vida es así», dijo el propio protagonista de esta historia increíble. La vida es así.

Celso ALONSO SANJULIAN

A las cuatro y media de la madrugada del Jueves Santo, justamente 27 años después de aquel otro en que fue secuestrado junto a su casa de Solapeña (Sariego), Juan Ricardo Parajón Arbolea partía en el vehículo de los enviados especiales de LA NUEVA ESPAÑA para reencontrarse con su familia. Atrás quedaban ya los últimos edificios de Casas Ibáñez, su anterior nombre de Jorge Ortiz Mayor, los amigos y los recuerdos acumulados durante sus siete años de residencia en esta localidad albaceteña. Si la despedida de sus muchos amigos en Casas Ibáñez fue emocionante, con música de flauta incluida, trece horas después sería objeto en Solapeña de un recibimiento más multitudinario e infinitamente más emocionante. Entre uno y otro momento transcurrieron muchas horas: las necesarias para cubrir un recorrido de 700 kilómetros. Esta es la crónica de ese viaje inolvidable.

A las once y media de la noche del miércoles, las calles de Casas Ibáñez aparecían poco animadas, pese a ser víspera de fiesta. La excepción eran las inmediaciones de la bolera «Drink», donde empleados y clientes ya conocían la increíble historia de Juan Ricardo y de su hallazgo de una familia que creyó perdida para siempre. «¡Que tengas suerte, Jorge!», «¡que todo salga bien!», eran las frases que más a menudo le repetían unos amigos que siempre lo conocieron como Jorge Ortiz Mayor.

El adiós de los amigos

El calor, fuerte y pegajoso, era un compañero poco agradable en esa noche del miércoles al Jueves Santo. Por eso corrieron generosamente las cañas de cerveza. Las copas se alzaban con frecuencia para brindar por el nuevo nombre y la nueva vida de Jorge Ortiz Mayor. Hasta la Guardia Civil del pueblo hizo tertulia con Jorge en el mostrador. El teniente que facilitó la pista del joven en primera instancia volvió a deshacerse en elogios para con él. «Es un buen muchacha-

Un viaje de 700 kilómetros para recuperar 27 años de vida

Casas Ibáñez despidió a Jorge Ortiz y Solapeña recibió a Ricardo Parajón



FOTO SANTIAGO GARCIA

A la izquierda, la despedida de Casas Ibáñez. A la derecha, la llegada a Solapeña. Ricardo García Cuesta abre la puerta del coche a su ahijado, al lado de Santiago García, de LA NUEVA ESPAÑA, que condujo el automóvil desde la población albaceteña

cho, muy trabajador, y se merece la mejor suerte».

La cena en el restaurante «Los arcos» fue un continuo desfile de amigos por el comedor. Entre bocado y bocado, Juan Ricardo se fue despidiendo de ellos, que incluso le obsequiaron con música de flauta. Hubo más abrazos, palmadas y fotografías compartidas.

Por fin, después de la última cerveza y del último brindis, llegó el momento de partir hacia Asturias. Ya calentaba motores Santiago mientras el joven introducía en el maletero su exiguo equipaje: una caja con zapatos, camisa, corbata, pantalón y americana. Quedaban por delante 700 kilómetros trascendentales para la vida de Juan Ricardo: los que le separaban del ansiado momento del reencuentro con su familia.

En un viaje tan largo hay

mucho tiempo para la conversación y las confidencias, por más que el cansancio nos venciese por momentos a todos, salvo a Santiago.

La historia de la cereza

Un detalle que Juan Ricardo, su padrino Ricardo García Cuesta, el teniente de la Guardia Civil de Casas Ibáñez, y una fuente de la Policía gijonesa mantuvieron durante bastante tiempo en secreto, fue el de la mancha o «antojo» en forma de cereza que el joven presentaba en algún lugar de su espalda. El punto exacto parecía ser la clave de la identificación definitiva.

Juan Ricardo relató por fin con más detalles el emocionante momento de su conversación telefónica del miércoles con Ricardo García Cuesta, ése en que ambos supieron que pertenecían a la misma familia. «Primero me



FOTO RAMON GONZALEZ

fue diciendo puntos distintos de la espalda o zonas del cuerpo donde podría tener la señal, para conocer mis respuestas. Hubo varias negativas, hasta que por fin me dijo: «La tienes en tal sitio y tiene esta forma». Acertó totalmente, y casi no pude ni responder porque la voz se me cortaba al tiempo que me saltaban las lágrimas».

En este punto del relato, el joven tomó papel y bolígrafo e hizo un dibujo representando su señal, con evidente forma de racimo de cerezas. «Ahora que las cosas están más claras también puedo decir que la tengo al final de la espalda, casi encima de la nalga izquierda».

Un ramo de flores para su madre

Un breve alto en el camino, que es aprovechado para desayunar y descansar unos

minutos, da pie para que Juan Ricardo comience a hablar de improviso sobre su madre. Se le nota que comenta con deleite algunos detalles de las fotografías que le habíamos trasladado hasta Casas Ibáñez, y que ahora ha vuelto a mirar y remirar. «Así que ésta es mi madre. Quedamos en que se llama Angeles, ¿verdad? Si se confirma que algunas personas le hicieron daño moral a mi madre, estoy dispuesto a indagar para que de ahora en adelante sea respetada».

Más adelante se interesa por detalles de la paliza que su madre recibió en el «cuartón» de La Vega de Sariego, propinada por guardias civiles: «Y cuando ella dice que para tener ánimos, los guardias civiles tomaban copas de coñac, yo lo creo. Una acción así no es propia de personas».

Sin ánimo de caer en el ternurismo, hay que destacar que a Juan Ramón se le llenó la boca hablando de su madre, un tema de conversación que nunca pudo tocar sin que la tristeza asomara a su rostro. A partir de ahora las cosas serán, afortunadamente, distintas. Y para que se notase bien pronto, expresó el deseo de regalar un enorme ramo de flores a su madre, con el que después se presentaría en Solapeña. En una parada encargamos por teléfono el ramo a Oviedo.

«Es el hijo de Angeles»

Su admiración por el puente sobre el pantano de Barrios de Luna, en la autopista del Huerma, comentarios admirativos acerca del verde de los prados asturianos y el aumento del nerviosismo a medida que discurrían los kilómetros, fueron llenando los últimos minutos en la vida de Juan Ricardo antes de reencontrarse con su familia. Al llegar a Oviedo hicimos una breve parada en LA NUEVA ESPAÑA para que pudiera cambiarse de ropa. A la altura de Pola de Siero se interesa por la posibilidad de que se lancen voladores en el momento de su llegada, haciéndose eco de un comentario que le habían hecho en el periódico. En un tramo de carretera donde se divisa Solapeña, pide a Santiago que toque repetidamente el claxon. A la vista de las primeras casas de La Vizcaina, con vecinos agrupados en las cunetas, Juan Ricardo se emociona: Unas mujeres acaban de saludar su paso agitando con alegría el brazo. Metros más allá una voz se deja oír por la ventanilla: «Ya no necesito más comprobación; es el hijo de Angeles».

Cuando Santiago enfila su coche por la empinada caleya que conduce hacia Solapeña, Juan Ricardo no sabe a dónde atender. Al frente se agolpa una multitud de vecinos, y por detrás del vehículo vienen corriendo mujeres, niños, viejos y jóvenes, en un espectáculo inenarrable. Es el final de la última etapa de un viaje que en realidad se prolongó por espacio de 27 años, y a cuyo término se produjo el ansiado reencuentro con la familia.